

COMENTARIO AL TRABAJO
“PATERNALISMO VERSUS FRATERNALISMO DEMOCRÁTICO”
DEL DR. JOSÉ LUIS GONZÁLEZ.
DR. JOSÉ REMUS ARAICO*

El trabajo del Dr. J.L.G. me parece motivador de discusión, pero pareciera que por su habitual fuerza emotiva, no nos explica ni sistematiza lo que en el título nos promete. Habla de dos clases de paternalismo, pero no nos indica si se refiere a dos niveles de organización grupal, por lo tanto no aclara sus similitudes, ni diferencias ni funciones ni desarrollo de esos dos niveles organizacionales. Nos plantea como fundamental, cosa con la que estoy en completo acuerdo, la importancia del carácter del analista (CA) o aún mas funcionalmente, la “neurosis del carácter del analista” (NCA), pero no nos dice como se organizó ni algunas de sus funciones, aunque apunta hacia la del mantenimiento de la omnipotencia y la invulnerabilidad. Para esa única función de la NCA tal como nos dice JLG es fundamental el hermetismo carcelario de la peculiaridad del lenguaje y la experiencia. Estando básicamente de acuerdo con esta seclusión conceptual y de la praxis analítica, creo que es la actitud y la motivacionalidad inconciente de otras funciones de la NCA lo que tiene este aislamiento. Por ejemplo, junto con los datos innegables en nuestra conducta societaria que apunta a la no solución de la patología personal, está la función catártica de impulsos que deben permanecer controlados por la técnica misma, quizás por esto nos puede fascinar la fantasía de una seclusión maravillosa que nos preserva de sujetos “inferiores” tal como pudieran ser los psicólogos.

El trabajo de JLG apunta hacia la necesidad de un estudio sistemático de las organizaciones analíticas, pero no me indica bien ni el método ni la dirección. Tratando de complementarlo, más que de criticarlo pues entiendo la necesidad de plantear el problema y la brevedad para tratarlo.

PATERNALISMO VERSUS PATERNALISMO DEMOCRÁTICO

“Lo nuevo no es realmente
nuevo más cuando continúa
lo antiguo y lo trasciende”
A. Stéphane.

El psicoanálisis nació con nuestro siglo. Desde el libro “La interpretación de los sueños” de Freud, han transcurrido 75 años del desarrollo del proceso psicoanalítico. Sus últimos 25 años los he vivido participando en él. Por su envergadura, robustez y demistificación creadora se le prevé una prolongación venidera de gran longevidad, si el mundo convulsionado en que vivimos no estalla a causa de nuestros impulsos de muerte, arrasando la vida y el fin de la humanidad.

Pero el pensamiento creador y revolucionario de Freud, también ha sufrido acartonamientos, rigidizaciones y esclerosis. La oposición externa obligó al principio a

* Fundador, Vitalicio y Psicoanalista Didáctico de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Profesor Titular de las Facultades de Psicología y de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

cierta retracción de la que aún no hemos salido. Lo enfermizo está ahora amenazándonos desde adentro, en los institutos, en las instituciones. El celo por conservar la “ortodoxia” lo protegió con rejas que ahora lo encarcelan.

Cito a Pontalis (del libro “Después de Freud” Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2965) “Los analistas son estrechamente tributarios del lenguaje de Freud que no ha podido hacer pasar al registro del sentido un campo hasta entonces cerrado (al menos para los filósofos) sino recubriéndolo de una reja conceptual y semántica, infinitamente más compleja, móvil, diversificada de lo que generalmente se cree. Al mismo tiempo, toda su ciencia, tiene por tierra natal sino por fronteras una experiencia muy singular irreductible a toda otra, progresiva y nunca terminada que emparenta al psicoanálisis a la iniciación (refugiándonos en lo incomunicable). El analista se encuentra pues, doblemente encerrado en un lenguaje y en una experiencia”.

Fue esto lo que hizo decir a Maud Mannoni en “El Psicoanálisis Didáctico y sus Instituciones” que el psicoanálisis en nuestros días está en plena degeneración en todo el mundo. En el Congreso de Amsterdam de 1965, los mismos analistas llamaron la atención sobre la “esclerosis del psicoanálisis” sin llegar a ninguna solución, sólo señalando que las cosas son como son y así están.

De inmediato pensamos en la neurosis del carácter que en sus raíces griegas significa: marca indeleble, intocable; lo que equivale a decir como un tango argentino: “si soy así, qué voy a hacer” y podríamos agregar: no intentes cambiarme, todo es inútil.

¿Existe una neurosis caracterológica del psicoanalista? Estamos seguros de que sí existe y de que su actitud última es bien caricaturesca, a saber: el psicoanalista se empeña con frenética intensidad en preservar su intocabilidad como intocable es el rey en el juego de ajedrez. Quiere y lucha por preservarla del paciente, del público y de sus propios colegas. Tiende a adoptar rigideces cada vez más acentuadas hasta que el retorno de lo reprimido las hace transparentes, todo mundo lo nota y entonces deja de estar preservado del todo. Hasta se ha pedido hablar del “parkinson post analítico” para referirse al así deformado psicoanálisis.

La neurosis de carácter del analista, la neurosis profesional, más la neurosis personal hace que las sociedades psicoanalíticas se transformen en mundos aburridos, en discusiones prolongadas, planas, donde la opacidad es la moda y donde las querellas más fecundas e ingeniosas sustituyen al trabajo creador.

La neurosis de carácter del analista da origen a una suma considerable de dispendio de energía dirigida a proteger una situación falsa por ser neurótica. Walderedo Ismael d’Oliveira en su trabajo “Relaciones entre psicoanalistas: un estudio del grupo psicoanalítico” en Jour Brasil de Psic, Julio-Diciembre de 1965, dice que las ansiedades esquizoparanoideas y el miedo a perder ciertos privilegios que comporta el status de analista, en parte fundados en rivalidades fraternales, engendran las actitudes descritas más arriba. Debemos agregar que el miedo al otro (objeto interno y proyección afuera, en el colega) no superado, al mismo tiempo que nos paraliza, nos obliga con la otra parte de nuestra capacidad creadora a anular y a atacar corrosivamente la creación del compañero. Colgamos motes irónicos, o bien, ante cualquier presentación académica “sabemos de antemano el tema que se va a tratar, el caballito de batalla en que siempre se monta” no por su predilección e interés por el tema, sino achacándolo a su terquedad y abanderamiento teórico, como: ahí viene el kleiniano, el fatalista, refiriéndonos al pensador del psiquismo fetal, el lacaniano, etc.

Es claro entonces que ante desconfianza mutuas, celos, rivalidad y envidia, se busque el afinamiento en el poder”, se luche por alcanzar un status y por mantenerse rígidamente en el rol así alcanzado, su ganancia secundaria es el aumento de ingresos. En muchas ocasiones se recurre a “la técnica” y a rigidizarla también como otra forma de aumentar el poder. Esta enajenación tiene que influir poderosamente en la aplicación terapéutica, ya sea en el análisis individual, la técnica grupal, la familia, la institución, etc., es decir en cualquier nueva corriente de aplicación psicoanalítica. Pero lo que es aún más grave es la transmisión de generación en generación, con nuestros candidatos en formación.

Los empaquetamos como sardinas en la ideología dominante, después de un gasto de energía y de dinero, ya que los analistas estamos inmersos en lo establecido de nuestra sociedad, que al igual que el smog nos va contaminando lentamente y nos va aletargando y enajenando de nuevo, a nosotros que deberíamos ser campeones de la libertad mental. Por eso se habla del fracaso del psicoanálisis. La gran mayoría de nuestros pacientes, en el mejor de los casos, quedan “parchados” y tienen que resignarse a ello.

El analista en tanto engorda sus haberes materiales y los ostenta groseramente a fin de aumentar socialmente la fachada de “poderoso prestigio”, fantasía megalómana de su enajenación.

Esta transmisión enfermiza que da la imagen de la neurosis profesional del analista a nuestros candidatos en formación, esta enfermedad iatrogénica, nos asegura el status, pues ellos, los que nos siguen nos afirman en nuestro puesto, hasta pasar sin pena ni gloria, sin habernos comprometido nada pero muriendo con la fantasía de haber hecho una labor trascendente, aunque anónima.

Es urgente remover la neurosis de carácter y demistificar la imagen del analista, sacándolo de “la torre de marfil”. La apertura de la investigación exige una actitud menos rígida, tanto al nivel personal, como al nivel sociológico o epistemológico.

Quien se interese por más datos puede ver el excelente trabajo de E.A. Levy-Valensi, “El psicoanálisis, perspectivas y riesgos”, en especial los capítulos III y IV de la segunda parte.

Con lo mencionado anteriormente, volveremos a Freud, a su pensamiento creador que lucha por la vida en lo que tiene de cambio y de progreso hacia la superación.

D. Anzieu en su escrito “ el psicoanalista que practica su arte con suerte –es decir, encontrando allí su felicidad al mismo tiempo que hace posible que los pacientes encuentren la suya –llega a eso por sus presencia humana que está dispuesta a dejarse afectar profundamente por los deseos y angustias del otro, por una tensión de transparencia que le hace reconocer en él los efectos del inconsciente del otro y por la formulación clasificadora comunicada oportunamente, que hace desaparecer una dificultad precisa unida en el otro a su conflicto defensivo. Y el psicoanalista dichoso, deja marchar en libertad a su enfermo o a su alumno sin retenerlo interminablemente, dependido de un ídolo, una lógica o un lenguaje”.

Aquí empieza la apertura, usando viejos odres para vinos nuevos, obtenemos calidad, sabor, bouquet. No tendríamos que ser invitados a nuevas aventuras aún más esotéricas que la ortodoxa freudiana, más bien nos sentiríamos navegando en nuestro conocido barco, un poco viejo para este siglo, joven para el prevenir que se llama psicoanálisis, que es ancho firme, sólido y nuestro para explorar los mares, a lo ancho y a lo largo, a lo alto y a lo hondo del ser humano y que sus inestables caleidoscópicas

actividades. Entonces estaríamos escuchándonos, conociéndonos, reconociéndonos, enriqueciéndonos con nuevas corrientes y tendencias las cuales sólo ampliarían los horizontes para novedades a descubrir.

Sólo desde esta apertura remojante y profunda podemos confiar en nosotros y en los otros, en una columna vertebral, nuestra doctrina psicoanalítica que diera estructura a todo nuestro quehacer, todo lo que haga el analista sería investigación y creación, sería aplicación a un individuo, a un grupo, a lo social, a la institución, la familia, la ciencia, el arte, etc.

Ante la diversidad de técnicas terapéuticas en uso, sólo destacan dos corrientes, la represiva y la abreactiva, a esta última pertenece el psicoanálisis y entre ellas es la óptima. Ella cala hasta lo hondo, hasta alcanzar la psicosis, esencia íntima del ser, verdadero "destino" del individuo. Sólo desde esta desnudez, el hombre puede aspirar a un cambio, un verdadero renacer cambiante del destino, una desenajación que los sitúe en la vida, frente al mundo y con el mundo, sabiendo sus limitaciones y el inexorable destino de enfrentarse a la muerte.

El "homus psychoanalyticus" se centra en el descubrimiento de una humanidad idéntica en el sujeto enfermo y en el sujeto encargado de la terapia del enfermo. La fraternidad esencial en la ayuda terapéutica, es la fraternidad del yo y el tú.

No tenemos tiempo para continuar con estas disquisiciones pero esta comunicación quedaría incompleta sin delinear caminos posibles de solución. Lo primero es hacer una toma cabal de conciencia de la interrelación de factores que nos influyen, a saber la neurosis personal, la neurosis de carácter profesional y la influencia de nuestra sociedad paternalista en su , que repetimos caricaturescamente en el seno de nuestra Asociación.

Con todo ello nos rigidizamos en prematura esclerosis que se traduce en una carencia de productividad científica, en ausencia de intercambio fructífero con otras ramas del saber humano y una acción más trascendente adentro y afuera de nuestra agrupación. El resultado es el favorecer toda clase de actitudes negativas que acabarían destruyéndonos.

La "apertura" societaria debe empezar dentro de nuestra institución, entre el grupo fraterno, aumentando la comunicación e intensificándola progresivamente, hasta permitirnos el cuestionamiento de todo para hacer conciencia, que coartan la libertad.

Constituyéndose en grupos de discusión clínica, único sitio en que puede expresarse espontáneamente, con frescura, lo mejor de nuestra experiencia y de nuestro hacer que por ansiedades enfermizas vamos ocultando cada día más.

Sólo por éstos y otros caminos semejantes podremos aspirar un día a transformarnos en comunidad clínica, verdadera filosofía de cualquier agrupación médica pero primordial necesidad en una asociación de técnicos de la psicoterapia psicoanalítica.

¿Podrá evitarse el fratricidio?

Dr. José Luis González Ch.